

fe. Así, al conjuro de su palabra, unido con el esfuerzo de su voluntad, vió bajar el ideal abstracto á la viva y concreta realidad. Las tesis de una ciencia más ó menos fundada y las hipótesis con esas tesis congruentes pasaron á objetivarse de bulto á los ojos del alma suya, que había hecho lo atribuído al filósofo antiguo por tradicionales cuentos; arrancarse los ojos de la cara con el objeto de no ver la contradicción de los fenómenos en el mundo con las ideas suyas en el espíritu. Ciertamente que no están únicamente los fantaseos y las imágenes en aquel vastísimo genio, dotado también de una razón altísima; pero esta facultad suprema, la razón, se animaba en el vívido calor de su fantasía creadora, siempre radiosa y sin eclipse y sin descenso y sin ocaso. Merced á tal complexión interior suya, idealizó lo real como un artista, y realizó lo ideal como un político. El sentimiento prestó á su idea fuego y la fantasía le prestó hermosura. El cálculo matemático y las nociones cosmográficas, que cualquier otro sabio de menor estética hubiera formulado en cifras algebraicas ó apotegmas científicos, pasaron á constelaciones de ideas brillantísimas por el éter espiritual en que supo dorarlos y esclarecerlos su inspiración, esa inspiración generadora en él de todos los planes y próspera siempre hasta socorrerlo y asistirlo en los momentos de mayor y más viva contrariedad. Las almas verdaderamente grandes tan sólo llegan á divinas, cuando las metamorfosea, sublimándolas con sus sacudimientos eléctricos, la chispa celestial que llamamos sobrehumana inspiración. Y el descubridor la tuvo siempre y la tuvo súbita. Por eso la envidia no pudo llegar hasta el disco de su genio. Cuando parecía más apagado, se reanimaba, merced á esos toques divinos, de una inspiración misteriosa. Pero lo más admirable de todo en él será un enlace verdaderamente sistemático de sus facultades, unidas en serie y sin solución de continuidad ninguna, como ahora se dice. La razón, que piensa, determinaba en él á la imaginación, que crea; la imaginación, que crea, determinaba en él al sentimiento, que ama; el sentimiento, que ama, determinaba en él á la volun-

tad, que quiere; la voluntad, que quiere, determinaba en él á la fuerza, que hace, y obra, y produce, pasando, por obra y virtud de tal correspondencia entre facultades tan admirablemente unidas y ligadas en serie rigurosa, desde las idealidades altísimas del teólogo y las visiones místicas del profeta y los alucinamientos magnéticos del soñador á los cálculos matemáticos del sabio y á los esfuerzos heroicos del combatiente y del guerrero. Ninguno le aventajó en crear como en creer. Y no aventajándole ninguno en crear y creer, tampoco le aventajó ninguno en calcular y observar. Junto á una intuición celeste colocaba una experiencia útil; junto á las efusiones líricas de un himno religioso los números infalibles de una bitácora exacta. Sobre cada cosa veía una idea; y de cada idea el genio plástico suyo hacía una cosa; pues no se abstraía en el ideal, sino que lo concretaba, poniéndolo como en relieve á la mano de todo el mundo. Parecía que su pensamiento estaba fuera de él, ¿qué digo su pensamiento? parecía que él estaba siempre fuera de sí mismo. Y sin embargo, nadie tan reconcentrado en su pensamiento y tan mudo como él cuando quería reservarse y callar.

Con tamañas cualidades, no debe maravillarnos arrancara una gran parte del velo, que cubría la creación y sembrara con agujeros de luz eterna las perdurables sombras del eterno misterio. Fué creador porque su idea movió su actividad, y su actividad le llevó á considerarse causa primera en la revelación de lo creado y fuerza creadora en el universo material. Los mares aquellos por donde iba, estaban, como el mundo antes que Dios crease al hombre, sin alma: desde la embarcación en que navegaba, subíalo á conciencia de sí mismo, al dejar en sus espacios inmensos la estela del pensamiento humano. Verdad que no tendrá jamás el ser misterioso, á quien llamamos genio, la reflexión profunda y la fuerza lógica naturales en el razonador y en el filósofo; habrá en sus intuiciones algo de la ceguera que hay en los poetas y en los amantes; tendrá por eso entre mil equivocaciones un solo acierto; pero en

ese acierto intuitivo, creador, genésico, encerrará todo un mundo y todo un cielo el alucinado Colón. Los instintos, que abajo miran, rara vez yerran; y no yerran tampoco las intuiciones que miran arriba, siquiera sean aquellos subhumanos ó animales, y sean estas suprahumanas y casi angélicas. Con la razón andaba el descubridor por la esfera de los hechos naturales; con la imaginación volaba por el cielo de las causas primeras. Con la observación calculaba y adivinaba con la fantasía. Su observación reunía y sistematizaba fenómenos; mientras su presentimiento revelaciones y profecías. Como Vinci, como Buonarroti, como Vives, como los hombres primeros del Renacimiento, Colón se nos presenta múltiple, asceta y artista y marino y observador y poeta y vidente y negociante. Por el espacio celeste buscaba ideas al mismo tiempo que por el espacio terrestre buscaba oro. La ciencia lo iluminaba con la verdad; pero el arte y la religión, de que nunca llegó á desasirse, por italiano de nacimiento, y por católico de fe, le prestaron los esmaltes más bellos de su genio y los lauros más inapreciables de su gloria. Él hacía, como su tiempo, como la edad creadora del Renacimiento, una religión del arte; y de la religión una fuente viva de inspiraciones continuas. Había convertido, al igual de muchos pensadores contemporáneos, la estética en un Evangelio viviente; pero no puede, no, dudarse que la religión, la ciencia, el arte, esta trilogía sublime, hallaban en el alma superior suya la unidad consustancial y suprema. En cada fenómeno hay una idea escondida; él abría los fenómenos, y encontrábala, como dentro de su concha, su recatada perla. Y cuál sabía la cantidad que guarda de idea cada fenómeno; sabía lo que hay de práctico en cada idea. Y luego de saber lo que hay de práctico en cada idea, la cantidad que hay de idea en cada fenómeno; sabía lo que hay en las ideas de ideal, quiero decir, de universal, de permanente, de divino. Formaba los juicios sintéticos á priori, para ir luego á comprobarlos en el juicio analítico y experimental á posteriori. Así, esta dualidad increíble de su alma,

produciendo una doble serie de fenómenos, tan diferentes, y aun opuestos casi, ha dado margen á juicios tan dispares acerca de su contradictoria persona. Como á donde llegó él, pocos llegan; á donde hoy está, pocos alcanzan. El genio nace y se pone por necesidad entre misterios, como el sol, tan luminoso, nace y se pone á su vez entre crepúsculos. Si lejos de haber sido cosa real el descubrimiento, fuera cosa ideal, un sistema, en vez de un mundo, quizá no se lo reconocieramos, como hay muchos que no quieren reconocer el Cristianismo á Cristo. En Colón hay lo impersonal, como su noble ambición de aumentar los fieles católicos y de reconquistar el Santo Sepulcro, con mucho de personal, como sus capitulaciones, sus ajustes, sus regateos, sus acaparamientos de atesorador y avaro. Mas ideó, creyó, razonó, y adivinó como nadie. Interrogó la Naturaleza con insistencia. Y después de haber ideado una hipótesis científica, la sujetó á larga comprobación experimental. Así, hay en él un observador como Bacón y un vidente como San Francisco; sus promesas tienen mucho del profeta Isaías y del viajero Marco Polo. Por un lado ve la idolatría concluída, la regeneración del Asia verificada, el Preste Juan de las Indias bautizado, el Redentor puesto en los altares de todos los continentes á la cabeza de toda la humanidad, el nombre de Dios conducido en alas de las brisas por él desatadas, á luminosos horizontes por él agrandados, Jerusalén cristianizada, la colina de Sión convertida en templo de los espíritus, el Santo Sepulcro rescatado, la Iglesia católica saludada por todos los confines del planeta; mientras, por otro lado, junto á todos estos espirituales bienes, descubre y promete mares llenos de perlas, ríos dulces como si fueran de mieles, territorios infinitos oliendo á embriagadoras especias, bosques de canelas, jardines de flores perennes sobre cuyos rosales cantan coros de aves en voz siempre, murallas de plata, palacios de oro, torres de brillantes y esmeraldas, una copia increíble de riquezas, un paraíso interminable de goces y placeres, merced al rejuvenecimiento y exaltación de la vida. Estas dobles

alunaciones místicas y sensuales constituyen una parte capital de su inteligencia, como ese doble cuidado de la idealidad más alta y del interés más egoísta constituye otra parte capitalísima de su moral. Alucinábase como un extático sin abandonar nunca la ganancia como un mercader. Codiciaba tanto el sol de la ciencia para su espíritu como el oro sonante y contante para su bolsillo. Su deseo de rescatar el Santo Sepulcro no empecía en su ánimo al deseo de alzarse con una pingüe renta. Iba en pos de fieles para la Iglesia, de súbditos para los reyes, de dominios para la corona, de soldados para la última cruzada, y de cuartos para sus hijos. Lo mismo explayaba su alma en una letanía mística semejante á las floretas de Asís, que concentraba su cálculo en comprar unas cargas sobre las carnicerías de Córdoba para sustento de su querida manceba. Tal Dios lo hizo y tal aparecerá en la historia. El egoísmo de sus cálculos no empecerá nunca, no, al reconocimiento de la grande abnegación que generó su obra. El que haya querido con codicia reunir unos cuantos dineros más á su peculio, no le obscurecerá la gloria de haber con sus alucinaciones sobrehumanas agrandado el cielo y sembrádolo de miriadas y miriadas de astros, al descubrir sin quererlo y sin pensarlo un continente nuevo dividido en dos hemisferios. ¡Cuáles instantes para Colón aquellos que precedieran al encuentro de América! Corrientes de vívida electricidad por sus nervios, relámpagos de súbita inspiración por su alma, profecías misteriosas en sus vibrantes labios, adivinaciones en sus extáticos ojos, absorción de todo el ser en una idea, efusiones de regocijo por todo lo que aguardaba unidas con lágrimas de pena por todo lo que había sufrido hasta entonces, recuerdos convertidos hacia las personas amadas y acción de gracias á Dios, una especie de segunda vista sincrética transparentándole todos los objetos circunstantes para que penetraran en el espacio donde surgía el Nuevo Mundo y una grande anticipación de su gloria en la posteridad: he ahí el estado suyo á esta hora suprema.

Eran las nueve de la noche, jueves, 11 de Octubre. Colón, cumplidos los rezos diarios y recapitada la situación suya, subió á cubierta con sumo reposo y miró el espacio hacia Occidente con suma curiosidad. Nadie le acompañaba. Solo con su pensamiento iba escudriñando lo infinito con avizora mirada. Después de las quejas más ó menos reprimidas y de los sobresaltos más ó menos patentes, la expedición sólo había encontrado una dificultad: las hondas supersticiones de los tripulantes. Tranquilo el mar, serenísimo el cielo, dulce la brisa, buena la salud á bordo, sin una tormenta en los aires y sin un escollo en el agua, Colón, quien, á diferencia de nuestros sabios modernos, tan materialistas por regla general, no se creyó nunca solo en el universo, juguete de la ciega fuerza material, sino de Dios acompañado y asistido por su Providencia, en una efusión magnífica de su esperanza, dió gracias al cielo con mudas palabras, no sólo sin sonido, sin forma casi, en su íntima espiritualidad. Su previsión, la cual debía llamarse, por firme, completa evidencia, lo mantuvo más vigilante que nunca y de pie sobre cubierta. Todos á una velaban igualmente con él. ¿Quién duerme cuando hay muerto en casa ó se aguarda un próximo nacimiento? Parecido el sueño á la muerte, cualquier accidente nos lo quita, sintiéndolo y lamentándolo mucho siempre las pobres criaturas, siquier la vigilia sea vida: que tan grato nos es el morir á diario. Decir que se ha dormido poco equivale á decir que se ha vivido mucho; y nos gozamos en esta muerte periódica, preludio de la eterna muerte. Colón apenas había desde Palos dormido; entre sus compañeros ninguno durmió aquella noche del 11. Hallándose completamente solo, pues cada cual velaba desde su correspondiente sitio y todos cumplían su facción respectiva, tras una hora de reconcentrada fijeza en el ambiente, dió un grito su garganta, porque había dado un vuelco su corazón. Acababa de ver una luz terrestre, una luz diversa por completo de los astros celestiales y de los fosfóreos oceánicos. No solamente distingue al hombre de los demás ani-